

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XVII

Mayo de 1940

Núm. 179

Puntos de vista

Defensa del espíritu

EL drama de Europa, definido ya tantas veces, ha vuelto a adquirir ahora una violencia inusitada. Este drama tiene ya casi medio siglo, pues desde 1900, más o menos, se inició la trayectoria desenfrenada que le está conduciendo a extremos cada vez más dolorosos. En estos cuarenta años el mundo ha visto quebrarse los principios más elevados del derecho internacional y del derecho de gentes. Han sido invadidos o atropellados pueblos débiles, han caído violentamente regímenes y gobiernos que parecían eternos, han estallado revoluciones sangrientas que han conmovido, por sus cuadros, no sólo el sentimiento universal, sino que han trastornado la esencia de las doctrinas. Han surgido el comunismo y el fascismo; se han implantado en los países democráticos, dictaduras militares o simplemente de grupo y las más sólidas tradiciones han sido aplastadas por la arrogancia de generaciones que han declarado que nada tenían que ver con el pasado.

Todo este cuadro de trastorno subsiste sobre la arena del mundo y aun puede decirse que sus límites no están perfectamente delineados. Para imponer sus decisiones algunos gobiernos fuertes se valen de las armas. El espíritu ya no cuenta sino en una mínima proporción y si hemos de atenernos a una observación de Ludwig, formulada en el Congreso de Escritores de Buenos Aires, no está lejano el día en que los hombres libres, los

pocos hombres libres que queden en el mundo deberán elegir para sus reuniones una isla abandonada del Pacífico. Esa isla, cuyo nombre aun no conocemos, estará distante de todos los centros civilizados, pues en los centros civilizados el hombre ha acumulado sus más espantosos métodos de destrucción.

Lo penoso que hay en esta hora de tragedia, lo que importa poner en evidencia, como una dura y cruel ironía, es que de nada ha servido a Europa la propaganda tenaz y sistemática que se ha hecho en contra de la guerra. Una literatura vasta y multiforme nació de los escombros de la guerra de 1914. Una literatura de odio a la guerra, de demolición de los principios bélicos. Centenares de obras, miles de obras fueron lanzadas al mercado para condenar y formar la conciencia contra la guerra. Los sobrevivientes que regresaron del frente, escribieron sus impresiones trágicas y crueles de la brutal experiencia, dijeron en páginas de un espantoso realismo cuáles habían sido los sufrimientos y las penalidades de los soldados y de las víctimas de la guerra, detrás de los frentes de batalla; mostraron su desnudo y frío desprecio por los traficantes de armas y por los especuladores de sangre humana. La sola lectura de esos cuadros de horror ponía espanto en el alma. Se agregó luego el cinematógrafo, y películas que crispaban los nervios de los espectadores propagaron por el mundo el espanto y el escalofrío de las escenas sangrientas de las batallas.

Todo fué inútil. Nada de eso sirvió para conmover o para detener el ímpetu de los pueblos. A nadie sirvió una sola de esas páginas, uno solo de esos documentos de horror, una sola línea de esas impresiones recogidas en la directa tortura del sufrimiento. Como si nada hubiera ocurrido en el mundo, como si hubieran pasado siglos desde la anterior guerra, volvieron a erigirse en doctrina las violencias bélicas y nuevos instrumentos de muerte, perfectos en su técnica, se crearon para matar y para aniquilar.

La civilización, la cultura, el saber, todo está ahora de nuevo en el trágico tablero de las grandes decisiones.

Sólo el espíritu es grande, sin embargo, sólo él es eterno, sólo su esencia puede salvar y detener el avance de la conciencia envenenada por el odio. Las guerras son fruto del odio y si la humanidad, o por lo menos la parte de humanidad que aun siente que el espíritu es la única grandeza, no se concierta para defender el patrimonio de la cultura y de la civilización, el mundo entrará bien pronto en una etapa caótica, en la cual sólo la materia será la única y sola dominadora.